

EL GESTO COMO EXPRESIÓN DEL LENGUAJE EN LA HISTORIA

Me gustaría, ya desde el pórtico de esta conferencia, manifestarles mi incomodidad. La comunicación consiste en el hecho de que un emisor envíe un mensaje a un receptor y éste, por supuesto, realice de algún modo un acuse de recibo. A veces, adelantándome al tema que voy a tratar, sencillamente lo hace con un movimiento de la cabeza. Ahora bien, la comunicación es el fundamento de la vida social. El hombre, dijo Aristóteles, es un animal político en el sentido de que vive y convive dentro de la polis. De aquí se hace evidente que no hay sociedad posible sin diálogo. Otra cosa sería una sucesión de monólogos, hombres aislados unos de otros, amasados como en un estadio deportivo. En suma, es indispensable que se den las tornas y el emisor se convierta en receptor y el receptor se transforme en emisor. Como dice el dicho italiano sobre el mantenimiento de la amistad: “un canastillo viene, y otro canastillo va”. Y he aquí que yo me encuentro como dueño absoluto de la palabra ejerciendo una

dictadura del lenguaje. Ésta es la razón por la cual expresé antes, en el inicio de esta charla, mi malestar. Sin embargo, hay algo en esa desazón que me consuela. El hecho de que al convertirles a ustedes en la cisterna de mis palabras puedan éstas más tarde volverse fuente de sus pensamientos propios. Dice un proverbio africano que Dios ha dado al hombre dos oídos para escuchar y solamente una boca para hablar.

El tema de este discurso es “El gesto como expresión del lenguaje en la historia”. Vamos a suponer que un troglodita, uno de esos cavernícolas que habitó nuestro planeta hace cientos de millares de años, uno de esos hombres prehistóricos, repito, se suelta un cuesco estruendoso. Dicha ventosidad no es todavía un acto verbal sino una mera reacción fisiológica, digamos a la ingestión de esas habas que tenían prohibidas los discípulos de Pitágoras. Pero supongamos ahora que dicho cavernícola realiza de manera fingida, solamente como imitación, la misma acción ante otros miembros de la tribu. Estos se ríen de lo que a nosotros nos parecería hoy una vulgaridad. Pues bien, ahora sí, ahora ese aire que no es aire sino teatral contracción de ciertos músculos, tiene un sentido lingüístico: un significante, el gesto, y un significado, la acción que reúne el oído con el olfato.

Tenemos aquí un gesto natural. Podemos definir la

gesticulación como aquellos movimientos corporales que van asociados a la expresión de una idea. Cerrar el puño como amenaza de golpear o bien los múltiples gestos referentes al sexo – tocarse los testículos, por ejemplo - son fácilmente comprensibles. Sin embargo, siempre hace falta, así sea mínimo, un salto interpretativo. Cuando se trata de un gesto cultural ese salto de la mente ya no es triple ni séptuplo sino que debe elevarse a la enésima potencia, siendo el exponente el que ustedes gusten imaginar. Debajo del salvaje existen muchas capas de barniz extendidas por la civilización durante muchos siglos. En el gesto de tocar madera para invocar la suerte no se entiende la relación entre el gesto y el sentido dado por la historia. ¿Por qué al tocar la madera tenemos más oportunidades de que nos toque el gordo de la lotería? ¿O bien aprobar unas oposiciones? Algunos imaginan que se debe a la creencia antigua de que existen “árboles sagrados”, con una significación especial, como podemos ver de una forma residual en el árbol de Guernica de los vascos. Otros suponen que “tocar madera” es un acto parecido a besar la cruz cristiana. En cualquier caso, como siempre que nos hundimos en la raíces más finas, en los capilares finales, nuestro pensamiento camina dentro de una nebulosa. Al acercarnos a los orígenes los hechos escasean, desaparecen. Y ante su falta proliferan las

teorías más diversas. En suma hay más caciques que indios, menos datos que explicaciones.

Uno de esos gestos culturales cuyo vagido inicial desconocemos es la razón por la cual afirmamos moviendo la cabeza verticalmente y negamos moviéndola en sentido horizontal. ¿A qué se debe ello? ¿Es acaso un gesto que cada cultura aprende de otra? Y si es así ¿por qué, cuál es el motivo creador que lo explica? ¿Cómo se gestan los gestos? Me faltan datos para afirmar que se trata de un gesto universal. Probablemente no sea así. Los antropólogos son quienes deben decirnos si existen en culturas primitivas. El hecho es que tal gesto es propio de todo occidente. ¿Todo? No. Curiosamente en Bulgaria, y en alguna región de religión ortodoxa, llevan la contraria a los para ellos hermanos heterodoxos. Afirman moviendo la cabeza horizontalmente y niegan moviéndola verticalmente. Podemos imaginar las complicaciones en que se hallará un turista si no está informado de tan peculiar diferencia cultural. El escritor Desmond Morris, el autor de “El mono desnudo”, da una explicación bastante peregrina de esta anomalía. El hecho de afirmar horizontalmente vendría a significar “te presto mi oído, te escucho”. Curiosa teoría, ¿no?

Como nada hay más sencillo que lanzarse al ruedo cuando

no está el toro, también echo yo mi cuarto a espadas dando mi propia teoría. ¿Son ustedes padres? ¿Han visto alguna vez dar de comer a un bebé contra su voluntad? “No guta”, dice el pequeño en su lengua de trapo. Ahí está la cucharilla, presta a enfilarse hacia la boca, y el bebé mueve renuente la cabeza de manera violenta de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Rechazo absoluto. Negativa a ser alimentado. Pensemos ahora en beber una sopa sin cuchara, hacerlo en la corriente de un río o contemplar a un bóvido comer hierba doblando la testuz. Movimiento ascendente y descendente. Con el paso de miles de siglos se fija el gesto y se extiende de un modo independiente de la comida quedando olvidada la relación original. ¿Quieres comer? ¿Sí o no? ¿Inverificable? Claro, como “prestar mi oreja a tus palabras”.

Otro gesto con la cabeza que no es la afirmación rotunda en movimiento vertical ni la negación absoluta en sentido horizontal es una clase intermedia de movimiento pendular. Éste expresa algo así como “sí y no”, una forma de reticencia, un “tengo reparos”, “albergo dudas”, “no sé qué decirte”. Y a pregunta de cómo vamos de salud respondemos con la boca “así, así” y con la cabeza ladeándola.

Pasemos ahora a otro asunto.

La funcionalidad del gesto depende, claro está, de que no sea ambiguo y, además, sea evidente, reconocible en un código gestual. Sería un poco absurdo que al pedir un mendigo alargando la mano el paseante dudase entre ofrecer una limosna o bien tomará las monedas de la cajetilla. Cada gesto tiene uno y solo uno significado. A menos que el contexto y el ámbito cultural lo hagan, raramente, polisémicos. En Venezuela si un hombre pregunta por cierta dirección a una mujer, ésta puede sacarle los labios hacia adelante, como los labios bembones de los negros. Pero no se entusiasmen,, ni supongan que se han transformado repentinamente en unos galanes irresistibles a los cuales se les solicita besos en la calle El gesto de alargar los labios es un modo de indicar la dirección, pues parece que la mano está más cómoda en los bolsillos y delega sus tareas propias. He aquí un gesto ambiguo solamente posible, como ya he dicho, porque se producen en dos ámbitos culturales distintos. Y si alargar los labios para señalar un lugar es un gesto particular, replegarlos para morderse la lengua o cerrarla para no sacar sapos y culebras es una gesticulación universal. En ocasiones, como en ésta, un gesto arrastra a otro por causas naturales. Morderse la lengua obliga a la comisura de los labios a elevarse indicando una sonrisa falsa, forzada, una sonrisa delatada por los ojos y la excesiva tensión de

los músculos. Entre los gestos faciales tenemos también estar “de morros”, que no es lo mismo que hacerse “morritos”. Uno se produce cuando los novios están enfadados y el otro cuando se les ha pasado ya el enfado.

Como ya hemos mencionado, cada gesto debe estar asociado a uno y solo uno significado. De aquí que si una parte del cuerpo puede realizar varios movimientos corporales, entonces se pueden realizar tantos gestos como movimientos. Cuanto más sean éstos, mayores serán aquellos. Tal vez quede más claro esto con algunos ejemplos. Bien, ¿cuántos movimientos pueden hacer las orejas? Respuesta: ninguno. Por tanto no hay ninguna gesticulación con ellas. Las cejas tienen dos movimientos: uno descendente para fruncir el ceño mostrando enojo y otro ascendente para señalar sorpresa. Estas cejas enarcadas arrastran a los párpados provocando ojos “pasmados”, alucinados como algunas esculturas de Mesopotamia. Y el guiño del ojo puede ser una señal de tahr en la mesa de juego o el gesto del picarón que pica la atención de una joven muchacha. El contexto aclara el sentido: complicidad de ladrones o argucias de donjuán. El guiño “doble” o parpadeo también nos revela asombro, igual que los nudillos limpiándose las legañas de los ojos para ver mejor un prodigio. En cuanto a la nariz, es el labio superior el que se alza para olisquear y el mal

olor se indica tapándola con el índice y el pulgar. Estos dos dedos cerrados, con los tres demás alzados nos dicen OK, quizás por el parecido visual con la O, o bien por haber dado en el cero de la diana, cosas ambas, por otro lado, muy discutibles y basadas en unas hipótesis bastante débiles. Por otra parte, el dedo pulgar y el dedo índice frotándose indican dinero, puede ser que para comprobar la textura del papel y verificar su autenticidad. Una vez más, nada sabemos. O, mejor dicho, nada puedo decirles yo. El pulgar, el dedo opuesto a los demás dedos de la mano, y que nos ha dado una gran ventaja a los hombres en la evolución, ha podido servir para señalar el perdón del gladiador, hacia arriba, o su muerte, hacia abajo. El pulgar en posición horizontal, con los demás dedos cerrados, marca la dirección en la que se pide autostop, una palabra híbrida de un elemento latino y otro inglés. En Venezuela el autostop se transforma en “dar la cola”, pues se ofrece la parte trasera del vehículo, generalmente una camioneta pues es en el campo aislado donde, a falta de coches, más necesario es solicitar el favor de que nos lleven a cierto lugar.

Un gesto importante de la mano es darla, estrecharla. Si el puño cerrado indica hostilidad, la mano abierta muestra que se está desarmado, “en son de paz” como dirían en las películas de vaqueros e indios donde el tambor suena con un código semántico.

Del mismo modo alzar las manos abiertas es señal de rendimiento, de no llevar armas consigo.

Acabamos de hablar de entrega, de rendición. El cautivo lleva las muñecas atadas y realiza una genuflexión ante el Señor. Pues bien, el Señor del cielo y de la tierra es Dios. El hombre se arrodilla, se postra, con las manos juntas – palmas abiertas o entrelazadas – pero sin cuerda que le ate las muñecas. Ese acto religioso de rezar en rodillas con las manos juntas, insisto, tiene su raíz en la actitud del vencido frente al vencedor. La palabra “humildad” es pariente de “humillar” y de “humus”, tierra. La actitud de “humillación” es más patente en la forma de orar del musulmán, inclinándose al suelo.

Otro capítulo importante en lo relativo a la mano son los gestos contables. La cuenta de la vieja, contar con los dedos de la mano. Y, como tenemos diez, es comprensible que utilicemos un sistema métrico decimal. Los números romanos estaban sacados de los dedos. Así I, II, III, añadiendo dedos. En algunas lápidas aparece el 4 como IIII. Pero se puede hacer con un dedo a la izquierda de V, que es la mano extendida en forma de V, ese gesto de “victoria” que hizo popular Churchill en la segunda guerra mundial. Y si el cinco es la palma de la mano, el diez sería la cruz formada por los dedos índices en forma de tijeras. Como es de

sobras conocido todavía usamos a veces esta numeración para expresar en forma escrita los años y, sobre todo, de forma exclusiva, el orden de los reyes y de los papas. Si escribiésemos san Luis 9º con números arábigos se puede pensar que hacemos referencia a la finca de una calle.

Otro gesto, de los más importantes, es “indicar” con el dedo una dirección (ya vimos que en Venezuela se usaban los labios). “Está “allí”, decimos señalando. El verbo “indicar” procede de “índice” y esta palabra contiene la raíz “dic” de “digitum”, que nos da “dedo” (estamos en la era digital). Pues bien, los carteles no hablan, dicen. “¿Qué dice ese cartel? Y no acaba aquí el uso del índice con un valor gestual. La frase “le falta un tornillo” se corresponde con el dedo índice apuntando, como un suicida, en la sien mientras se gira como un “destornillador”. También el índice se rasca la cabeza para pensar, como el simio al que le pica el cuero cabelludo más que las ideas; o combinado con el ojo, abriendo por debajo más éste, se dice “ojito, presta atención”.

Antaño, en el siglo XIX, se usaban códigos amorosos como el “lenguaje de los abanicos”. O bien se dejaba caer distraídamente el pañuelo para que el galante caballero lo recogiese devolviéndolo a la dama agradecida. Y ese pañuelo, que no siempre es de lágrimas, se agita en el muelle para despedir a nuestros allegados

que se alejan en un barco. La razón es clara: el ojo percibe el movimiento mejor que una imagen estática. Éste es igualmente el motivo por el cual los náufragos agitan los brazos para ser vistos por un navío que pasa cerca de la costa.

Gestos, gestos. Hemos citado algunos y podrían añadirse muchos más: el índice y el dedo medio haciendo de tijera para avisar que cortemos, que no hablemos más; esos mismos dedos llevados a la boca para pedir un cigarrillo; gestos de amor como regalar flores, arrodillarse ante la novia, como un vasallo, con un anillo de compromiso; hacer un saludo militar al superior; quitarse el sombrero o hacer ademán de ello; bajar la cabeza en la época del “sinsombrerismo”, cuando se perdió la costumbre de que los caballeros burgueses usaran el sombrero y los obreros la gorra; taparse la boca o los oídos como signo de que no se puede hablar o no se quiere escuchar, poner detrás del cogote los cuernos, algo acostumbrado en las fotos y qué ¡sorpresa! ya se ve en un mosaico del siglo V d.C. en el museo del Bardo en Túnez. Etcétera. Y aquí me perdonarán que abra un paréntesis, una digresión que no conviene a nuestro tema. “Etcétera” viene del latín “et caetera”; es decir, las cosas que quedan, las cosas restantes, todo lo demás. Por eso su repetición “etc., etc.”, dicha incluso por personas cultas, es como decir “y lo demás, y lo demás”. Un tartamudeo semejante a

veranear en Vilanova i la Geltrú-Vilanova i la Geltrú por no poder hacerlo en Baden Baden. Y cerremos aquí nuestro paréntesis y después de la excursión volvamos de nuevo a la incursión en nuestro asunto.

A veces, abusando del lenguaje, se habla de una política de gestos o de gestos para la galería. O sea, actuaciones para lucirse y contentar al público sin atacar el fondo de la cuestión. No es posible ser exhaustivos. No hemos pretendido una cosa que claramente es imposible. Cada momento histórico va añadiendo sus gestos propios, o va dejando los antiguos. Hoy nos santiguamos en la iglesia, pero no al pasar delante de la iglesia o salir de casa. Las artes escénicas pueden servirnos como material de antigüedades. La mímica y el cine mudo tienen su amplio repertorio, han hecho uso profesional de este medio de expresión que no es verbal sino corporal.

Ahora bien, podríamos preguntarnos si el gesto puede acompañarse con el sonido, estar indisolublemente unido a éste como el significante lo está con el significado. Vamos a fijarnos en el caso del aplauso. Ha quedado claro antes que, además de la genuflexión, las manos ligadas por las muñecas es propio de cautivos, prisioneros. De este hecho procede la actitud de súplica, el pedir perdón al señor. Es un gesto político que se transfiere al

ámbito religioso en la oración. Pues bien, las manos libres pueden cumplir otros fines, realizar otras acciones. Así, por ejemplo, el batir las palmas. El aplauso es sin duda un instrumento de percusión musical que suele acompañar a la danza. Los palmeros tocan las palmas. Es la voz “aplauaso”, con su grupo consonántico “pl”, una onomatopeya similar al “plaf” de una bofetada. Gesto de alegría, de música alegre, el aplauso también posee características nacionales. Puede ser sincrónico, batiendo todos a una las palmas o, por el contrario, sin ninguna sincronía, anárquico, cada cual a su propio ritmo. Es curioso que esta forma de aplaudir individualmente sea propia de los países capitalistas mientras el aplauso colectivo, al unísono, se dé en los países comunistas. Claro que hay sus excepciones, como al oír el vals de Strauss en Viena en el concierto del primero de enero.

Y acabemos ya mencionando algunos gestos que simbolizan de una manera universal la acción de pensar. Andar cabizbajo, encorvado hacia la tierra, cuando no se trata de buscar una moneda perdida, es señal de preocupación, de meditaciones profundas, de pensamientos oscuros. Pero hay una gesticulación del acto de pensar aún más interesante. Traigamos a la memoria, si es que las hemos visto todas, cinco imágenes. Una es la célebre escultura de Rodin en la que un hombre sentado, ligeramente

inclinado hacia delante, apoya el mentón en su puño derecho mientras el codo de ese mismo brazo flexionado se sostiene en el brazo contrario y el cual reposa a su vez sobre la rodilla izquierda dando al conjunto una cierta torsión violenta casi anticipadora de un fatal desplome del razonador y de todos sus argumentos. Afortunadamente, como la piedra es dura, el pensador sigue *pesando* el valor durable y eterno de todos los silogismos. La segunda imagen nos lleva al corazón de África. En el pueblo de los *Ndembu* existe una estatuilla ritual conocida con el sonoro nombre de *Chamutang'a* que representa a un hombre acurrucado, con la barbilla apoyada en las manos y los codos fijos como clavos de hierro en ambas rodillas. Esta figura – dice el antropólogo Lotman - representa la inconstancia, la duda, la indecisión. Una postura similar a la del moderno pensador occidental de piedra y a la estatuilla ritual africana la hallamos también en una lámina anatómica del médico renacentista Vesalio en la que un esqueleto humano erguido contempla meditativo una calavera hamletiana. En este último dibujo - ¿quién no ha hecho lo mismo cansado de aguantar durante muchas horas en una fila? – la figura ósea descansa su peso cruzando los pies y reclinándose con un breve arco sobre el mueble en donde está colocado el cráneo objeto de la reflexión del esqueleto: el hombre se piensa a sí mismo, piensa

sobre el hombre. La cuarta imagen es un cuadro de Goya en el que se ve al ilustrado Jovellanos reclinado en una mesa apoyando el codo en ésta y el puño en el mentón. Otra obra del pintor aragonés - “El sueño de la razón engendra monstruos” nos muestra a un hombre echado sobre la mesa, vencido por el sueño y con los brazos caídos. ¿Qué tienen en común todas estas imágenes? ¿En qué coinciden una escultura francesa del siglo XIX, una estatuilla ancestral de un pueblo primitivo de África, una lámina anatómica renacentista y dos obras de un pintor con espíritu ilustrado? En la cuatro primeras el antebrazo sirve como columna que sostiene la cabeza, la caída en el sueño que engendra monstruos. La última, el hombre con los brazos tirados sobre la mesa, es la derrota de la razón, de la vigilia. ¿Acaso no conocemos todos esa lucha para no ser vencidos por el sueño con un libro de estudio abierto sobre la mesa? Como acabamos de ver, el gesto del puño debajo del mentón es la representación de la lucha de la mente por no caer en la oscuridad de la noche. O sea, en el oscurantismo que nubla la luz de la razón.

Para replegar velas y bajar el ancla conviene que nos queden claras unas cuantas cosas. Hemos afirmado que el gesto era la asociación de unos movimientos corporales con una idea. Pero la idea no es un acto. Si yo doy una bofetada no estoy

haciendo un gesto sino realizando un acto. Pero si yo amago la cachetada expreso la idea de “dar una bofetada”. ¿Es un gesto doblar el codo para ver la hora en el reloj. Pues sí y no lo es. Si llevo reloj estoy cumpliendo un acto, pero si no llevo reloj, si hago como si llevase reloj, entonces sí es un gesto porque estoy asociando el movimiento corporal con la idea de “ver el reloj”. Por otro lado, un gesto debe ser constante, repetitivo. De no ser así no podríamos unir el acto de mirar el reloj con la expresión física de la idea de “mirar el reloj”. Además el gesto debe ser consabido. En otro caso a quien realiza el gesto se le podría decir: “¿qué estás haciendo? Es la situación del turista español que no entiende el gesto de alargar los labios para señalar una dirección. Por último, el gesto es un movimiento consciente, voluntario. Quien guiña el ojo hace un gesto, no así el que tiene un tic nervioso que no puede controlar.

Y hemos llegado al final de esta conferencia. Y digo “hemos”, en plural, pues si no hubiese oyentes no habría acto de comunicación y yo estaría arrojando palabras al vacío como un verdadero orate. Habitualmente, ya sea por convención o por convencimiento el público suele hacer el gesto de aplaudir. ¡Cuesta tan poco batir las palmas por cortesía! Claro que durante esta charla ustedes han podido realizar otros gestos: tamborilear con

los dedos, mover el pie, por ejemplo. Ambos son gestos de impaciencia, deseo de que se coloque esa piedra que hace de punto final e impide que las oraciones avancen más. Si esto fuese un tribunal, haría yo ahora el gesto de golpear con el mazo para levantar la sesión. Pero no es un juicio y es a ustedes ahora a quienes corresponde juzgar si esta charla sobre los gestos les ha sido digestiva o indigesta.

Pablo Galindo Arlés

23 de octubre de 2019